

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA
aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuan-
to juzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sa-
drá los días 14, 23
30 de cada mes y cons-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
se también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
giro mutuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
hacer el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
se refiere.

8 de Enero de 1879 DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 33.

SUMARIO.

El Camino de la dicha, novela.—A Roma, poesía.—Cal-
vario y redencion, cartas de tres hermanos.—Sec-
cion doctrinal.

EL CAMINO DE LA DICHA.

NOVELA ORIGINAL.

La Bañeza es un pueblecillo situado en una
fertilísima vega, al pié de una montaña, entre
Benavente y Astorga, el cual se espeja en dos
rios bastante caudalosos, el Orbigo y el Duerna.

No se puede decir que la circuyen campos de
flores y hermosos bosquecillos, porque todo su
término es un verdadero mar de follaje, verde y

lozano, que apenas permite divisar la bóveda del
cielo.

Es imposible que la mente conciba un lugar
mas delicioso: allí siempre cantan las ave-
cillas, siempre suspira la brisa siempre se escuchan los
blandos murmullos de mil arroyos, que se desli-
zan cual cul bras de plata entre la yerba, pues
aunque la temperatura en general es húmeda y
fria, está tan bien defendido por el espeso y en-
trelazado ramaje de los árboles, que el cierzo y
la lluvia pierden al llegar allí toda su fuerza.

¡Ah! ¡cómo es posible tener un corazón mal-
vado cuando el paisaje que nos rodea es tan poé-
tico y tan tranquilo! ¡Como es posible sentir el
vértigo de pasiones turbulentas cuando el aura
es suave, suaves los gorjeos de los pajarillos,
suaves los ecos que repiten nuestros cantos!

Bajo aquel sereno cielo, en aquel escondido
asilo de la paz y la alegría, apenas se compren-

de que pueda ocultarse el vicio; en efecto, los pocos habitantes de la Bañeza son morigerados en sus costumbres, y su existencia se desliza apacible y uniforme, trasmitiéndose sin interrupcion de padres á hijos las sencillas virtudes de sus antepasados.

Mas ¡ay! no siempre brilla el sol en el sereno ambiente, y en 1843 una gran catástrofe cubrió de luto y desolacion aquella feliz comarca.

Era una tarde del mes de Enero: la lluvia caía á torrentes, y hacía muchos dias que llovía anegando los campos y pudriendo las semillas en el seno de la tierra.

En una blanca casita, situada al pié del puente de madera que cruza el Duerna, tenía lugar una de aquellas escenas desgarradoras que con tanta frecuencia se representan en la vida humana.

Hacia tres dias que allí en donde antes reinaba una plácida alegría, la muerte desplegaba su fúnebre ropaje.

Aun no habia trascurrido un año desde que Catalina se habia casado, cuando su marido, que era albañil, cayó de un andamio, quedando muerto en el acto.

El dolor y el espanto hicieron que la infeliz diera á luz prematuramente un niño, y aquella tarde, la tercera despues del horrible acontecimiento, el buen cura del lugar habia suministrado á la viuda los divinos auxilios, porque estaba próxima á ir á reunirse con su marido en la mansion bienaventurada de aquellos que han apurado el cáliz de su desdicha.

Por fortuna, la caridad en Bañeza es un sentimiento tan espontáneo, como son las flores que producen sus collados. Veinte madres se presentaron para amamantar al tierno niño, y el lecho de la moribunda estaba sin cesar rodeado de personas caritativas, que la prodigaban con solícito anhelo sus cuidados.

Sin embargo, como se acercaba la hora de la cena, las vecinas se fueron retirando una á una, quedando solos una jovencilla que, por su traje y sus modales, parecia no pertenecer á la clase de aldeana, y un hombre que, aunque no ostentaba la robusta hermosura de los campesinos, tenía un rostro dulce y simpático, y sus ojos lanzaban rayos de melancólica ternura.

Tal vez contribuía á esto su posicion, por que era muy pobre, y hasta cierto punto muy desgraciado.

Juan era hijo de un labrador, cuyo único patrimonio consistia en su jornal. Su madre habia muerto al darle á luz, y tuvo la desgracia de perder tambien á su padre, cuando apenas con-

taba quince años. Para colmo de desdicha, su constitucion delicada le habia impedido entregarse al rudo trabajo de los campos, y aunque sabía leer y escribir, y servia de pasante al maestro de la escuela, con esto ganaba apenas lo estrictamente necesario para su subsistencia.

Su aislamiento, su falta de salud y la imposibilidad de mejorar de suerte, le comunicaban aquel aire de tristeza dulce y resignada, porque dulce y resignada era su alma.

Juntábanse á estas desventajas la de su figura, porque Juan, que era alto, pálido y un poco echado hacia adelante, pasaba por muy feo á los ojos de aquellos fornidos aldeanos, y esta creencia general aumentaba su timidez y encogimiento.

Su compañera, por el contrario, era la joven mas hermosa y que podia considerarse mas rica en el lugar, solo que era necesario que adquiriese su riqueza al precio de un casamiento, que tal vez no llenaba las aspiraciones de su alma.

Petra, huérfana de un antiguo militar, vivia en casa de un tio suyo, acomodado labrador de La Bañeza; y como era efectivamente muy hermosa, habia visto saludado su paso de la adolescencia á la juventud por infinitos adoradores, cuando á otro tio suyo, canónigo, le dio la peregrina idea, á la hora de la muerte, de dejar embrollados los asuntos de los vivos.

En su testamento dejó por herederos de todos sus bienes á Petra y á su primo Calixto, hijo del labrador que la habia acogido en su horfandad, con la precisa condicion de que debian casarse. Si cualquiera de los dos faltaba á esta cláusula, la herencia debia pasar por entero al otro.

Con esto los muchachos dejaron de cantar á la puerta de la hermosa jovencilla, y de llenar de flores la reja de su ventana.

Entonces Petra comprendió que la fortuna no era la felicidad, y su carácter alegre se trocó en grave y meditabundo.

Sin embargo, era, como Juan, cándida, dulce modesta y buena, y como él acudia siempre solícita al llamamiento del dolor, resultando de aquí que nunca dejaban de encontrarse á la cabecera del lecho de los tristes moribundos.

Aquella tarde. Juan estaba sentado junto á la ventana, mirando con ojos distraidos el rápido curso de las aguas, y Petra tenía en sus brazos el recién nacido, cuyos vagidos y los ayes de la moribunda, eran los únicos que turbaban el silencio.

De pronto la joven puso al niño en la cama

junto á su madre, y fué á sentarse en el poyo de la ventana.

—¿Estás triste, Juan? le dijo con dulcísimo tono cogiéndole la mano.

—¡Oh sí, muy triste! Pienso en mi madre.... ¡Ah! si tuviese á mi madre me amaría!...

—¿No te aman todos en el pueblo?

El jóven inclinó la cabeza sobre el pecho, pero no pudo ocultar una lágrima que se deslizaba sobre su mejilla.

—¿No te aman todos en el pueblo? repitió Petra con voz aun más dulce que la vez primera.

El jóven guardó silencio.

—Perdóname, dijo al cabo de un instante, ¡soy un loco! Esas nubes tan tristes que se amontonan en el cielo, no sé que influencia tienen sobre mí... ¡Deseo llorar! tengo el corazón lleno de lágrimas... Pero hablemos de cosas más alegres, repuso interrumpiéndose: ¿cuando es tu boda?

—¡Nunca! respondió Petra vivamente; y sus mejillas se cubrieron de carmin. ¡Nunca, añadió sonriendo, porque Calixto no es amigo de los pobres!

Luego prosiguió estrechando con ternura la mano del jóven.

—¡No estés triste, Juan! ¡Cuando salgamos de aquí iremos á la Iglesia, á rezar juntos una salve por nuestros buenos padres! ¡Hace tanto bien el rezar cuando son dos los que rezan! ¡Hace tanto bien el llorar cuando son dos los que lloran!

Y Petra, para ocultar su emoción, volvió al lado de la enferma.

Así que vino la buena mujer que debía velar aquella noche, la jóven enlazó su brazo al de Juan, y le condujo a la iglesia.

Ambos oraron mucho y con fervor.

Cuando salieron del templo, las mejillas de Petra estaban humedecidas de lágrimas.

—¿Por quien has rezado tú, después de rezar por tus padres? preguntó a su compañero.

Y sin aguardar respuesta, prosiguió en voz baja:

—¡Yo he rezado por tí, Juan, para que Dios te haga muy dichoso!

El jóven se sintió sobrecogido por una felicidad tal, que sus labios no acertaron á balbucear ningún acento.

Llegaron á la casa de Petra.

—Adios, Juan, le dijo esta, ¡Ojalá que mañana te halles más alegre que hoy, por que me desconsuela tu tristeza!

Y se alejó corriendo, internándose en el ancho portalón.

Juan se quedó inmóvil largo tiempo en la puerta, luego se dirigió paso á paso á su humilde vivienda, en donde habitaba en compañía de una buena anciana, llamada Brígida.

—¿Quieres cenar? le preguntó esta.

—No, dijo el jóven con dulzura, podeis acostaros. Yo tengo frío, voy á echar algunas ramas en el hogar y á calentarme un poco.

—¿Pero por qué no quieres cenar?

—No tengo gana.

—Yo creo que andas enamorado.

Las mejillas del jóven se cubrieron de púrpura, y Brígida se dirigió á su cuarto sonriendo con malicia.

Juan respiró mas libremente al verse solo.

Encendió el hogar: y cuando vió que chisporroteaba la leña, despidiendo una brillante llamarada, se sentó, permaneciendo largo tiempo meditabundo, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos fijos en el cielo.

¿En que pensaba? Juan no queria confesárselo ni aun á sí mismo.

Veía la bella imagen de Petra revoloteando en torno suyo.

Veíala encender el fuego, disponer la cena, colocar la mesita de pino cubriéndola con un mantel blanco como la nieve, é ir y venir cantando, riendo, y fijando en él miradas de dulcísima ternura. A veces veía cerca del hogar una cuna, en donde dormía un niño, otras veces le parecía que la jóven madre depositaba en sus brazos el tierno emblema de sí misma, confundiéndose los tres en un estrecho abrazo.

Cuando su bello ensueño llegaba á este punto, sentía una sensación tan profunda, que volvía en sí sobresaltado, y se avergonzaba de su loco pensamiento.

En efecto, ¿cómo había podido hacer de Petra, hermosa, rica y adulada, el ídolo de sus sueños! ¿cómo, cuando, de que modo, se había encendido en su pecho aquella fatal hoguera?

Pero las flores brotan en los campos: por qué brotan.

Juan había sido el compañero de infancia de la dulce niña, y luego su maestro, porque nadie en el pueblo leía tan bien como él, ni tenía letra tan hermosa.

El pobre jóven no sabía cuando había empezado á amarla, pero la amaba tanto, que hubiera dado mil vidas por una sola sonrisa suya. ¡La amaba! ¿pero como no amarla si era tan buena, tan candorosa, si le recibía siempre con dulzura, siempre le prodigaba palabras de consuelo? ¡Oh!

¡con qué placer recordaba Juan los juegos infantiles que había compartido con ella! ¡Cuántas veces habían perseguido juntos las brillantes mariposas, cuántas veces habían ido juntos á ofrecer sus ramilletes á la Virgen, como hacen en Bañeza los amantes jovencillos!

Pero ahora todo había cambiado. Ahora era un hombre; y ¿qué podía ofrecerla él, pobre, él, enfermo, él, sin porvenir, sin esperanza?...

Cuando este pensamiento se ofrecía á su memoria, sentía que un hierro ardiente le torturaba el corazón, y que se agolpaban á sus ojos lágrimas de fuego.

En aquel instante no se acordaba de nada de todo esto. Petra había estado tan cariñosa con él aquella tarde, que su dulce voz zumbaba aún en sus oídos, anegando su espíritu en un oceano de ventura.

En aquel instante dejaba vagar su fantasía, acariciando con embriaguez la felicidad que no le estaba reservada.

Sumido en aquella grata semnolencia, no se daba cuenta del trascurso de las horas, hasta que volvió en sí bruscamente sobresaltado por un sordo y lejano rumor, que se iba acrecentando por instantes. Hacía tiempo que lo oía sin fijarse en él; pero vuelto á la realidad de la vida, prestó atención y sintió un estremecimiento profundo é inexplicable. Era un rumor siniestro que nunca había llegado á sus oídos. No era el de las hojas azotadas por el huracán, no era el de la lluvia que chocaba contra las piedras, era un rumor misterioso que arrancaba lúgubres ecos á los montes...

Juan tuvo miedo. Los alegres fantasmas que revoloteaban antes en torno del hogar, se volvieron fatídicos espectros, que clavaban en él sus torvos ojos. Hasta la llama que se había ido extinguendo gradualmente esparcía en torno una claridad siniestra...

Juan sintió que se le erizaban los cabellos, y durante algunos momentos permaneció clavado en su asiento, y tan adherido á la pared, como si quisiera hendirla para ocultarse dentro de ella.

Pero el extraño rumor crecía siempre y se acercaba...

El joven se santiguó, cerró los ojos, y haciendo un supremo esfuerzo, corrió á la ventana.

(Se continuará)

ÁNGELA GRASSI.

Á ROMA.

I.

Miradla allí, la Roma de los Césares,
Con su manto de púrpura vestida,
La sien ebúrnea de laurel ornada,
Que alza á los cielos orgullosa, altiva,
En tanto que á sus piés entero el orbe
Humilde acata leyes que ella dicta,
Y ella al vasto horizonte de su imperio
Vuelve incansable, sin cesar, la vista,
Para buscar incógnitos espacios
Donde dar á sus aguilas guarida.

Vedla despues, la Roma de los Césares,
Que junto al Tíber languida dormita,
Cansada de su gloria y sus hazañas,
Emporio del placer y la lascivia.
No es la matrona que empuñó su espada
Y del mundo lanzose á la conquista;
No cibe el casco ni el broquel abraza;
Sobre lechos de rosas se reclina,
Impúdica mujer que busca solo
Las fiestas de su circo y sus orgías,
Y si un momento sus velados ojos
Al vasto espacio donde impera miran,
Con débil voz del olvidado orgullo,
Suspira sin pensar, «La tierra es mía;»
Y otra vez se adormece placentera
Al blando arrullo de sus dulces cítaras.

De pronto el Norte, tenebrosa nube,
Rayos de guerra sin cesar vomita,
Y la orgullosa reina soberana
Despierta del placer despavorida,
Viendo llegar la tempestad horrenda
Sin fuerza ni valor para abatirla;
Ateminada y muelle, se pregunta
Que fue de su poder y su osadía,
Y, bajel en el mar que le amenaza
Sus olas levantando enfurecidas,
Va arrojando en girones sus riquezas
Para un momento prolongar su vida.

Es tarde ya; ningún poder humano
Basta el curso á parar de su desdicha,
Y tras vanos, estériles esfuerzos,
Inermé, sin vigor, queda rendida,
Y el Tíber una lagrima arrebatada
En los pliegues sonoros de sus linfas,
De la que fue señora de la tierra,
De la que gime misera cautiva.

II.

Contempladla; la Roma que muriera
 Nuevo Fenix surgió de sus cenizas
 Al poder de la cruz que se levanta
 De sus templos y torres en la cima.
 No es ya la impura meretriz de un tiempo,
 La sangre de sus mártires vertida
 Saltó en los circos y tiñó sus plazas,
 Y lavó con sus olas su ignominia.
 Esa sangre tan pura y generosa
 Fué de la fe de Cristo una semilla
 Que germinó despues, y cuando Roma
 Al barbaro invasor cayó rendida,
 A impulsos de la fe, los vencedores
 Doblaron subyugados la rodilla.
 No es tampoco la Roma que, guerrera,
 Con su espada las leyes imponia;
 Pues, mas dulce su yugo, son sus armas,
 Emblema de la fe, la cruz bendita.

Reina del mundo, á una palabra suya
 Reyes y pueblos la cerviz inclinan;
 Al eco de su voz la Europa entera
 Aprestando sus huestes, decidida,
 Las arroja, olvidada de peligros,
 Al tostado arenal de Palestina,
 Y de la cruz tras la sagrada enseña,
 La lucha y los peligros desafian.

III.

¡Roma infeliz! ¿Será que de tu frente,
 Una por una, han de rodar perdidas
 Cuantas coronas de poder y gloria
 En tu grandeza te ceñiste un dia?
 Hoy otra vez esclava te contemplo,
 Reina sin trono suspirar cautiva
 En los lazos que, arteras, te tendieron
 La fuerza con la aieve apostasia.
 De los que, fieles, tu quebranto lloran,
 Las miradas se quedan afligidas,
 Porque aunque humildes, tu palabra acatan,
 De ese muro al traves que te cautiva;
 Mas ¡ay! si un tiempo de tu seno arrojas
 La iglesia santa que en tu seno anida,
 Si la cruz venerada desaparece
 Del Vaticano do reside fija;
 Únicamente en brazos del recuerdo
 Podrá mirarse tu poder de un dia;
 Serás una ciudad como otras tantas,
 Reclinada del Tíber en la orilla;
 La blanca estatua muda de un sepulcro,
 Que la grandeza de quien fué designa
 Y en quien el mundo piensa solamente
 Cuando torna al sarcófago la vista.

IV.

Yo tengo fe, yo soy de los que doblan
 Ante el altar de Cristo la rodilla;
 Yo creo que su Iglesia sacrosanta
 No puede peracer desvanecida
 Como tantos imperios que cayeron,
 Como tantas quimeras hoy proscritas;
 Yo tengo fe de Dios en la palabra,
 Ruégole á Dios y vuelvo á tí la vista
 Buscando en tí la veneranda sombra
 De Dios, que al hombre le legara un dia;
 Mas, si acaso quebrantas tú los lazos
 Que á la Iglesia católica te ligan,
 Lleno de horror apartaré los ojos
 Yo de la Roma apóstata é impía
 Para volverlos donde quiera mire
 Levantarse inmortal la Cruz bendita.

MANUEL MATA.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian á María.

Continuo mi carta anterior, querida María, y
 dejo para despues contestar á las tuyas que me
 han llenado de dolor y de temores por tí.

Ya te dije que la acusacion que pesaba sobre
 nuestro padre, la calumnia que eclipsó la bri-
 llante estrella de su fortuna y le abrió un sepul-
 cro cuando era todavia jóven y lleno de vida y
 esperanza, fué lanzada sobre su frente por la
 mano de su enemigo... de su hermano, y forjada
 por los celos y la venganza mas indigna.

—Continue V., dije, prosiguiendo mi conver-
 sacion con aquel hombre, anhelando saber hasta
 el fin, y dispuesto á sufrir mas dolorosas heri-
 das aun con las palabras que iba á escuchar.

—Su padre de V., prosiguió el, agitado por
 aquellos recuerdos, y estremecido por el efecto
 que podian causarme, su padre de V. fué condu-
 cido á una prision y sus bienes confiscados.
 La Marquesa, que al unirse con su esposo le
 habia traído en dote una belleza y una virtud
 inquebrantable, pero muy escasos bienes, se vió
 arrojada de su palacio, cuyas puertas fueron cer-
 radas y selladas por la justicia, y reducida casi
 á la pobreza en aquellos primeros dias.

Su dolor no conocia límites, su consternacion

era horrible, porque amaba con delirio á su marido y no se la ocultaba el peligro que correría su vida si llegaba á probarse de un modo innegable la verdad de su delito.

En medio de su desesperacion, la desgraciada no podia sospechar la mano que la heria en lo mas sensible del alma, ni pensó nunca que la pasion de un miserable era la causa de su ruina.

Sola para luchar con su infortunio, pues todos los que antes la habian adulado la abandonaban cobardemente, temerosos de ser envueltos en su desgracia; dudando de la inocencia de su esposo, pues las apariencias la engañaban y la confundian; empleó todos los medios que estaban á su alcance para tener una entrevista con el Marqués, y obtener una explicacion que la diera esperanzas ó que confirmase sus temores.

Pero ¡ay! esto fué imposible, su padre de V. considerado como reo de alta traicion, estaba incomunicado desde el primer dia y era imposible hablarle un solo momento.

—Pero V....? pregunté sin poderme contener y dirigiéndome á aquel hombre, V. nada hizo, no trató de remediar la infamia que habia cometido?

—Yo, murmuró el paralítico mirándome con temor, yo, ya he dicho á V. que me hallaba dominado por aquel hombre y esclavo de su voluntad, además habia hecho ya demasiado para retroceder y hubiera sido castigado bien severamente si se hubiera descubierto la verdad. ¡Oh! perdoneme V. perdoneme V. porque confieso que fui muy culpable.

—Continue V. le dije dominándome un instante: antes de empezar esta dolorosa narracion ofrecí á V. olvido y perdon, y un Alba-luz no falta á su palabra.

—La Marquesa desesperada no sabía que partido adoptar. Vendió sus joyas, vendió sus trajes, todo lo que le habian permitido sacar de su antigua morada, para proporcionarse algun dinero y con él las medios de ser útil á su esposo. En medio de su afan olvidó el recelo que yo le inspiraba y me hizo partícipe de sus proyectos. La amante esposa queria á toda costa salvar al esposo adorado, y queria, ya que nó justificarle, salvarle al menos de la muerte que podia amenazarle, proporcionándole los medios para una evasión.

Los tribunales examinaban entonces la causa y empezaban á dudar de la culpa del Marqués. Yo compadecido del dolor de aquella madre que pasaba la vida rodeada de sus hijos y llorando con ellos, me tornaba triste é inquieto, y sentia la voz de la conciencia que me acusaba de ser

el autor de tantos males. D. Pedro comprendió todo esto, y temió que se descubriese su trama.

Para evitarlo empezó á forjar nuevas maquinaciones, resuelto á jugar el todo por el todo hasta terminar su obra de destruccion.

—Es preciso, me dijo, conseguir á toda costa la fuga del Marqués.

—Sí, me apresuré yo á contestarle, creyendo que trataba de salvarle realmente.

—Secunda los propósitos de tu señora, añadió: compra la fidelidad de los carceleros, haz en fin lo posible por sacarle de la prision y si no tienes bastante oro con el que te dé la Marquesa, dispon de cuanto yo poseo y gasta sin temor hasta conseguir nuestro objeto.

Yo no me hice repetir esta orden: favoreciendo al par los deseos de D. Pedro y de mi señora, trabajé, indagué, ofrecí y logré, derramando el dinero á manos llenas, que el Marqués pudiera escaparse favorecido por uno de sus guardianes.

La fuga quedó concertada para la siguiente noche y se dió aviso á mi señor para que estuviera dispuesto.

El vacilaba: era inocente y le repugnaba huir: pero una carta llena de súplicas y ruegos de la Marquesa le decidió al cabo.

D. Pedro, alma oculta de aquel plan, de todo se enteró y contribuyó á todo con un afan estremado. Mi señor debia salir de la prision y dirigirse á Portugal, donde iria á reunirse su esposa en el instante de saber que ya estaba en salvo. La Marquesa esperaba el resultado en una pequeña casa de campo, propiedad suya y la única que ya le quedaba, distante pocas leguas de la Capital.

Al oir estas palabras, hermana mia, mis ojos se humedecieron porque recordé aquella risueña morada donde hemos pasado tantos años, donde aun vive nuestra madre.

El enfermo sin reparar en mi emocion continuó diciendo.

—Yo queria acompañar al Marqués, pero don Pedro se opuso á ello diciendo que mi presencia podria comprometerle y que solo un extraño debia ir con él hasta la frontera.

Además, añadió, tu puedes hacer falta á la Marquesa y es preciso que te quedes.

—Pero mi señor... insistí, temiendo sin saber cual, algun peligro para el Marqués.

—Yo tengo un hombre de toda mi confianza que irá con el hasta el vecino reino.

—Y será fiel? le pregunté.

—Oh! no temas, añadió con una expresion siniestra que entonces no comprendí; no temas, Castell no me hará traicion.

Al oír este nombre me estremecí,

Oh! por fin iba á saber la causa de la estraña impresion que mi vista habia producido en nuestro corresponsal de Londres.

—Acabe V. pronto, exclamé dirigiéndome al enfermo, acabe V. pronto; este relato no debe tener dilaciones.

—Oh! ¿y que podré yo decir á V.? todo se hizo como D. Pedro habia dispuesto. Su madre de V. agitada por la esperanza y el temor, emprendió el camino de la casa de campo desde donde debia encaminarse á Portugal, y su padre.....

—Qué?

—Salió de su calabozo logró burlar la vijilancia de sus guardianes y envuelto en un disfraz se evadió de la prision, ganando las puertas de la ciudad donde ya le esperaba un hombre con dos buenos caballos: allí le dejé yo viéndole con alegría perderse á galope en la estension del camino.

—Ah! pero logré partir? pregunté yo con afán: entonces.....

—Entonces, murmuró aquel hombre con voz sombría y agitándose en su lecho, entonces.... al otro dia se dijo en todos los círculos de la corte que el Marqués de Alba-luz, dando con esto la mejor prueba de su culpa, se habia escapado de su prision, temiendo el resultado de su causa que debia fallarse en breve y que habia sido encontrado en medio de un camino con el cráneo deshecho por un pistoletazo.

—Ah! exclamé yo levantándome horrorizado. luego aquella proteccion, aquella fuga.....

—Fué para consumir su atentado y librarse de su enemigo, porque no me cabe duda que Castell asesinó á mi pobre señor.

Hubo algunos instantes de silencio.

Yo callaba aturdido por el dolor.

Aquel hombre no se atrevia á proseguir, dominado por el miedo.

Al cabo de algun tiempo,

—Terminemos, dije: anhelo respirar el aire libre y quiero antes saber el final de este drama de mi familia.

—Yo solo, añadió aquel anciano, yo solo entre todos adiviné la verdad. Pero ¿qué podia hacer? me hubiera perdido revelándola. Los bienes del difunto Marqués, confiscados por el Estado fueron adjudicados á D. Pedro como pariente mas próximo, y el solo que se presentó á reclamarlos. La Marquesa, al saber la muerte de su esposo, fué acometida de una enfermedad terrible que la tuvo por mucho tiempo privada de la razon. Sus pobres hijos, niños aun, nada sabian, nada pudieron averiguar y fueron inocentes víctimas de la

acusacion que manchaba el nombre de su padre.

En cuanto á D. Pedro, realizó en pocos dias aquel caudal que la infamia habia puesto en su mano, y abandonó á España presa quizá del temor, agoviado tal vez del remordimiento.

—Y V....?

—Me propuso seguirle... yo tenia un hijo cuyo porvenir me inquietaba... estaba ligado á aquel hombre por el lazo de un crimen ¿que podia hacer?

Incliné la cabeza sobre el pecho víctima de mil encontradas sensaciones ante aquel siniestro relato.

Apenas me acordaba del sitio en que me hallaba; solo pensaba en nuestra madre tan desventurada en su juventud y tan resignada en su vejez y en nuestro padre vilmente asesinado por un infame.

Quizá no hubiera vuelto en mucho tiempo de mi abstraccion, si una mano tocando tímidamente la mia y una voz queda sonando en mi oído no hubieran venido de nuevo á implorar un perdon que antes habia ofrecido.

—Si respondí al infeliz enfermo devorado por el remordimiento, sí, yo le concedo mi perdon! pero ¡ay! ¿por que ha tardado V. tanto en hacer esta confesion?

—Por que clavado en este lecho no me ha sido posible hacer otra cosa: por que estaba bajo el poder de ese hombre, impotente, vijilado, amenazado siempre, señor!

—Y estará V. dispuesto, si yo lo exijo, á decir lo que me acaba de revelar?

—¿No correrá peligro alguno mi hijo? ¿no caerá sobre él el castigo que á mí pueda alcanzarme?

—Su hijo de V. queda desde ahora bajo mi proteccion, y en cuanto á V., yo le doy palabra que nada tendrá que temer. No sé, no sé de que armas podré valerme para que se haga justicia. Yo soy pobre, ese es hombre rico... Oh! necesito pensar, necesito pensar mucho, puesto que tampoco tenemos pruebas materiales para esclarecer los hechos. Yo vendré, yo volveré á ver á V., hoy necesito tranquilizarme, necesito calmar mi emocion y pedir á Dios que me ampare.

Salí de aquella habitacion, hermana mia, y me retiré á mi morada para pensar en lo que debia hacer.

Cuando haya tomado una resolucion definitiva te escribiré de nuevo para confiártela: tu amante hermano,

FABIAN.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Si es pobre ¡ay! si es pobre la vemos despojarse de sus ropas para cubrir á su pequeño hijo: separar de sus labios el alimento que miraba con ansia, para calmar el hambre que él siente: cubrirle con su cuerpo si el sol le ofende ó el viento agita sus cabellos; no comer, no reposar, no hallar alegría en nada al verle enfermo ó delicado, y todo esto con tal naturalidad, de una manera tan espontánea, que no se repara en ello ni le dá valor a guño, y por mucho que se esfuerce, por mucho que sufra, por mucho que tolere una mujer con su hijo, a nadie extraña, á nadie admira, á nadie edifica: solo dicen al verlo: «es su madre;» y esta palabra basta para explicarlo todo; y ella por su parte encontraría mas sacrificio en dejar de hacerle el bien un solo día, que en estar practicándolo á todas horas. ¡Ay! nunca, amigos míos, nunca podremos pagar lo que debemos á nuestros padres, y lo que les hemos costado de lágrimas, de trabajos y sinsabores! En cambio, oídme con atención y decidme si es sajero: Llega un padre ó una madre á la ancianidad, la vejez pone sus manos torpes, sus miembros inútiles; los años le tornan á la ineptitud de los primeros años de la vida, y hace el hijo entonces por la madre, lo que la madre hizo por el hijo? ¡ay! desgraciadamente nó! Sus enfermedades le parecen naturales, sus debilidades caprichos, sus necesidades exigencias. Los cuidados que le presta se le nacen duros, pesados é inaguantables en bien corto plazo, y á veces... duro es confesarlo, pero bien sabéis que digo verdad; los padres viejos, enfermos é imposibilitados inspiran á los hijos enfado, repugnancia y asco! No os alarméis! no es una suposición mia, esto lo vemos á cada paso!

Por otra parte, en el amor de los hijos, rara vez deja de mezclarse una parte de egoísmo: cuando no las riquezas, se utilizan los conocimientos, la experiencia y aun el trabajo del pobre anciano, que ocupa un sitio en el hogar de su hijo. Casas hay en que un pobre viejo es el criado de sus nietos, que le abruma á cada paso con exigencias, con encargos, de los que por su edad debía estar completamente exento. Oh! credme, amigos, pocos, muy pocos son los que cumplen en esto lo que Dios nos dejó ordenado. No se vanaglorien ni tengan tranquila la conciencia los que dan un sitio en su mesa y un rincón bajo su techo á los autores de sus días, porque no llenan con esto sus santos deberes. El que al dar cuanto posee no reúne el respeto y el amor, no es ni puede ser un hijo bueno: el que con una palabra, con un ademán, con una mirada muestra que le violentan los favores que concede, no es ni será un hijo modelo: el que hace un alarde de su piedad filial creyendo una virtud lo que tan sólo es un deber; no es, amigos míos, un hijo perfecto: el que en todas ocasiones, en todas circunstancias, á todas horas, no olvida por completo el egoísmo, el interés, la conveniencia para ver siempre en sus padres la imágen de Dios, ni recompensará dignamente lo que estos hicieron por él, ni merecerá las bendiciones del cielo.

—Pues según eso, abuelita, el Señor amará mucho á los que se portan bien con sus padres, ¿es verdad?

—Para responder á tu pregunta, te contaré solo, como ha hecho Julian, una tradición que escuché en mi niñez y que no he olvidado nunca.

—Oh! qué alegría! exclamó Julieta: hoy todo son historias.

—Hace ya muchos años existía una alma fervorosa y buena que solo anhelaba servir bien á Dios y cumplir sus mandamientos. Llena de fé, rogó al Señor que le manifestase cuál de los vecinos del pequeño pueblo en que vivía era mas agradable en su presencia. Dios escuchó su ruego y le hizo comprender que un infeliz que se ocupaba en vender licores y vinos del país, y á quien todos tenían por un mal hombre, era el que mas le agradaba.

Sorprendida y aturdida quedó con ello la buena alma, pues el pobre tabernero tenía fama de rudo y violento, y era quizá el que todos creían en el pueblo menos devoto y menos piadoso. —¡Como! decía, ¿es posible que este hombre que apenas frecuenta la iglesia, y esto solo en los días de precepto: que se enfada á menudo, y que dá muestras de ser violento y colérico, sea el que mas le agrade al Señor y le sirva mejor entre los que conozco! Estos pensamientos se agitaban sin cesar en aquella mente, sin que pudiera darles solución.

Dios, empero, quiso manifestarle la verdad, y una noche le hizo ver dormida todo aquello que preocupaba su imaginación.

En sueños, pues, le permitió penetrar en la casa del pobre vendedor de vinos, y le mostró su conducta en el interior de la familia. Aquel hombre tenía un padre anciano, baldado y ciego, á quien profesaba un amor tierno y una veneración profunda. El mismo le cuidaba, él mismo limpiaba y arreglaba su lecho, le daba la comida y le servía en todo, no queriendo confiar á nadie aquel santo y dulce cuidado. Todo lo que en público era de duro y violento, era con aquel pobre viejo sufrido y amante y dulce. Quizá el enojo y la violencia con que trataba á sus parroquianos, provenía de la impaciencia que le aquejaba cuando sus obligaciones y sus quehaceres y la pesadez de las gentes que acudían á su establecimiento le impedían volar al lado de su padre, á consolarle, á distraerle y á minorar en cuanto podía las molestias de la enfermedad! La inmensa virtud de aquel amor tan sublime, el desvelo y la abnegación del aquel hijo ejemplar, borraban todas sus demás faltas, y las lágrimas de ternura con que el dichoso padre recompensaba sus afanes, caían como un rocío bendito al pié de la palma que había de premiar en el cielo á aquel modelo de piedad filial, tornándola la mas hermosa y la mas fresca y la mas brillante de cuantas se ostentan allí en manos de los justos!

—Pero todo eso lo vió en sueños solo el que quería saber quien servía mejor á Dios? preguntó Julieta un poco pensativa.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.